

Belleza Kármica

Pradmé Govinda, cuando todavía se llamaba María Dolores —y después de haber sido peluquera la mitad de su vida—, harta ya de tanta mediocridad, inició una notable búsqueda espiritual que la llevó a realizar en pocos meses la obligada travesía del desierto consistente en variados cursillos sobre entidades superiores y ángeles, conferencias sobre Siddhartha, danzas místicas orientales, grupos de meditación por la paz en el mundo, talleres de abrazos, e incluso un breve paso, jamás reconocido, por un tabernáculo evangélico, para terminar, finalmente, recibiendo clases de kundalini, cosa en la que se doctoró en un par de meses. Así, un buen día, rebautizada como Pradmé, se transformó en la glamurosa maestra de yoga del barrio, recuperando además su figura juvenil, lo que de un modo tangencial acabó contribuyendo decisivamente a su nuevo estado civil: divorciada con pensión alimenticia. Esta nueva libertad recién estrenada le permitió sin pasar demasiadas estrecheces —a la vez que daba clases de yoga en el centro cultural a señoras de mediana edad—, explorar todas esas disciplinas para las que se sentía llamada y que ella aglutinaba en el tópico generalista neomístico de *sanación del alma*. Tras mudarse al centro a un pisito diminuto y muy coqueto en un vetusto edificio, Pradmé, creciendo en sabiduría, tomó cursos en aromaterapia, cromoterapia, luminoterapia, barroterapia, chocolaterapia, vinoterapia, helioterapia, cristaloterapia, digitopuntura, biomagnetismo, kinesiología y flores de Bach sin acabar de encontrar en ninguna de ellas la disciplina en la que se sintiera realmente hábil y capaz de ser útil al resto de la humanidad, incluyendo dentro de la humanidad al director de la sucursal bancaria, que se la estaba beneficiando los viernes por la tarde en la parte de atrás de su coche —estacionado convenientemente en la parte más oscura del parque— a cambio de concederle un crédito blando a quince años vista, con el único respaldo de su pensión alimenticia y el seguro de vida de su marido a su nombre. Afortunadamente en los últimos tiempos Pradmé había empezado a ganar, por fin, algo de dinero con las almas de los demás y había abierto un pequeño local muy blanco, en una calle adyacente pero muy coqueta de la zona noble de Providencia, en el que por las tardes hacía cosas raras a la gente neurótica con unas piedras negras que calentaba en el microondas.

No obstante Pradmé todavía buscaba una mayor perfección espiritual que le llevara a ganar más dinero para colmar con prosperidad material la plenitud de su ser armónico y acudió a una feria de franquicias de *Nueva Era* con su tímido pero avisado banquero, recién satisfecho en el estacionamiento, dispuesta a saltar sobre algo que la inspirara.

Un poco mareada después de una hora mirando y recogiendo folletos le llamó la atención un pequeño stand que, contrariamente a todos los demás, no era blanco ni azul celeste ni tenía macrofotografías de hojas de hierba con gotas de rocío en las paredes. Éste stand, que estaba en la parte más alejada del pabellón, era rojo y negro, iluminado apenas con una minúscula lamparita oriental sobre un blando suelo cubierto por muchas alfombras, donde, sentado entre almohadones, recibía un hindú sonriente de largos mostachos canos, hablando en un inglés pésimo, suplido en gran parte con su simpatía, su bigote y su turbante blanco. Así fue como Pradmé descubrió la Depilación Kármica, una práctica que se estaba dando a conocer por primera vez en el

mundo occidental y que estaba consiguiendo muchos adeptos a pesar de ser un tanto dolorosa.

El gurú los invitó a escuchar una explicación más amplia al fondo del stand que, tras dos cortinas antiguas, se transformaba en un oscuro satsang en tonos ocres y naranjas, con una veintena de cojines orientados en círculo hacia la pared del fondo, donde se había instalado un cojín más ancho y con dos pisos, como una tarta, hacia donde se dirigió pausadamente el gurú. La charla iba a comenzar. Cinco o seis personas ya esperaban en silencio, sentadas en los cojines del suelo, hojeando el folleto. Pradmé y el banquero se sentaron muy juntos en sendos cojines cerca de la puerta. El gurú se sentó en la tarta de cojines y comenzó su charla en hindi haciéndose traducir por un joven mahout que hablaba tan mal castellano como él inglés.

Lo de que la Depilación Kármica fuera dolorosa echaba un poco para atrás a Pradmé, pero lo reconsideró cuando, con un susurro, el banquero le contestó que algo de tal trascendencia como depilar el karma no podía ser indoloro, que era normal que generara sufrimiento la extirpación de algo que llevaba lastrando el alma a lo largo de las distintas reencarnaciones. Además hoy en día el dolor no es problema, piensa sino en los tatuajes, duelen. Un montón, por lo que me han dicho, apostilló Pradmé, muy bajito. ¡Y mira cómo se han puesto de moda!, continuó el banquero. Además, esto es mucho más interesante, volvió a apostillar Pradmé. ¡Y se cobra más caro!, susurró el banquero, mirándola con los ojitos chispeantes que se le ponían al considerar los beneficios de una operación.

Pradmé prestó otra vez atención a la charla del hindú: El karma después de la depilación quedaba completamente limpio de todas esas feas impurezas que normalmente proceden de docenas de generaciones atrás, dejándolo así depurado para el pertinente traspaso a nuestros sucesores. El procedimiento requería que el cliente reconociera todas sus fobias y miedos en unas sesiones pseudohipnóticas que removían los folículos del karma dejándolo presto para la depilación definitiva. Ésta podía ser la parte más dolorosa, sin duda.

Al fin y al cabo, volvió a susurrarle el banquero, todos tenemos que enfrentarnos alguna vez a nuestros miedos, nuestros traumas, nuestros particulares tabús. Y eso precisa de una parte de sacrificio por nuestra parte. Pradmé estaba cada vez más convencida y como, además, que el banquero le hablara en esos términos —que ella consideraba refinados— la ponía bastante caliente, en cuanto concluyó la charla, después de concertar una cita privada al día siguiente con el hindú del turbante, salió de la feria llevándose rauda y veloz al banquero, que apenas podía seguirle el paso por el aparcamiento con sus piernecitas cortas, para darle ahí mismo una segunda satisfacción, fuera de programa, en el asiento de atrás de su bonito coche familiar, y no sólo por darse ella otro capricho esa tarde sino también por dejar bien atado al avalista, que se retorció de placer mientras Pradmé, entusiasmada, esta vez no sólo le succionó el miembro con la vehemencia habitual, sino que además le hizo experimentar por primera vez sus nuevos conocimientos de digitopuntura pulsándole a la vez el esfínter del ano, llevando al banquero a un delirio que jamás antes había experimentado. Esto quedó patente, además de por los gritos incontinentes de placer, por una explosiva eyección de esperma.

El banquero, a pesar de haber quedado extraordinariamente satisfecho, no pudo evitar preguntarse cómo iba a explicar a su mujer cuando llegara el momento —que llegaría, eso seguro—, esas manchas en el techo interior del, hasta entonces, immaculado

coche familiar, mientras seguía frotándolas con su pañuelo. Parecía como si su fluido se hubiera fundido literalmente con el revestimiento de polivinilo acolchado color marfil. Al día siguiente Pradmé se encontró con el hindú en la cafetería de un hotel mediano en el centro de la ciudad. El hombre debajo del turbante dijo que se llamaba Gaveshar y una vez más era todo sonrisas. Le explicó otra vez, con suma diligencia y pésimo castellano, el procedimiento y para mayor claridad le entregó una fotocopia, escrita en una especie de sefardí que ella aseguró entender, que explicaba las bases de lo que aportaba el Instituto de Belleza Kármica y lo que debía de aportar el cliente interesado en aprender y comercializar esta técnica.

Pradmé leyó la primera línea del texto. La primera condición para conocer la técnica de la Depilación Kármica era que el futuro depilador kármico se sometiera antes, él mismo, a dicha operación de belleza a cargo del maestro Gaveshar, creador de esta técnica espiritual, por un precio muy razonable.

El maestro le explicó: El Instituto de Belleza Kármica no podía correr el riesgo de que alguien detectara que el karma del depilador kármico no hubiera seguido previamente su propio tratamiento. Imagínese. ¡Qué imagen daríamos! ¡Sería inexcusable! Si usted es un cliente que está relajado en su camilla y, en pleno tratamiento, su depilador levanta el brazo y usted ve que su karma no está en perfecto estado de revista. ¿Qué pensaría? No podemos arriesgarnos a eso. Por tanto exigimos a quienes se apresten a aplicar esta técnica sean personas estrictas y eficaces, y que, por ende, se hayan hecho, como primer requisito, la depilación kármica de sus cuerpos y sus almas. ¡Si quiere usted ser mi alumna, tiene que estar depilada!, concluyó, taxativo.

Pradmé, abriendo mucho los ojos para demostrar su gran interés, le aseguró que estaba preparada para someterse al tratamiento. Gaveshar le pidió entonces que volviera a su casa y que, después de meditar durante una hora, escribiera una lista de todos sus bloqueos kármicos conscientes. De esa manera avanzarían trabajo. Se despidieron con una leve reverencia y Pradmé volvió dando un paseo a su diminuto piso, cerró las persianas, encendió incienso, velas y se aprestó a seguir las instrucciones del maestro hindú.

Al día siguiente muy temprano por la mañana, ya estaba Pradmé en la habitación de hotel del maestro, desnuda y cubierta apenas con una bata ligera, tímida como una colegiala ilusionada, dispuesta a someterse al tratamiento que esperaba le abriera las puertas de la tan anhelada prosperidad.

Antes de iniciar la sesión el maestro le advirtió a Pradmé que nada de lo que ocurriera o se dijera allí debía de ser comentado en voz alta. Al terminar la sesión debía vestirse, pagarle el precio simbólico y marcharse sin decir una palabra. Y que si, en el trascurso de los próximos días, seguía pensando que aprender el sistema de Depilación Kármica del Instituto de Belleza Kármica era lo que ella estaba buscando para cumplir con su dharma, que le llamara.

Dos horas después, cuando acabó el tratamiento, Pradmé era otra mujer, tanto es así que instantáneamente volvió a llamarse María Dolores. Lo primero que constató Lola era que el tratamiento no sólo tenía una parte dolorosa sino que también tenía otra repugnante. La de aceptarse uno tal como era, lo que producía, invariablemente, náuseas, espasmos e incluso vómitos. La depilación kármica equivalía a mirarse en un espejo recién pulido en una habitación bien iluminada. No dejaba ni un resquicio sin señalar, ni un ápice de condescendencia con uno mismo y te predisponía, casi automáticamente, al rechazo de lo que contemplabas. Luego venía el aliviador y refrescante proceso de aceptación de uno mismo, que se realizaba sobre una fina

capa, aplicada previamente, de perdón a los antepasados, incluso a los más próximos, como padres o abuelos, donde —cuando parecía que todo ya iba a ser más suave— volvía otra de las partes arduas. Curiosamente las impurezas recién aparecidas eran las más profundamente enquistadas, sin embargo aquellas más antiguas se diría que acababan formando parte de la propia piel.

Lola salió del hotel demudada. Necesitaba reflexionar y comenzó a deambular por las calles del centro aún aturdida. Todo era distinto. Se sentía nueva. Su impresión ante las sensaciones externas, la brisa moviendo su vestido, la tibieza del sol, las voces de la ciudad que le llegaban amortiguadas, —siendo como era ella, muy sensual— le hacían sentir como si estuviera caminando desnuda. Y así, en este cierto levitar, sin darse apenas cuenta, acabó llegando a su antiguo barrio. Sorprendida, miró el reloj. ¡Llevaba horas caminando!

Lola llamó al telefonillo de su vieja casa y escuchó la voz de su marido. Cuando salió del ascensor lo vio en el marco de la puerta, en camiseta, cansado de haber vuelto hacía poco de la comisaría. Se le veía un poco tristón pero bien de aspecto. Tenía la casa más limpia y ordenada de lo que Lola esperaba, sólo que las macetas del balcón estaban en el comedor y la mesa del comedor y la tele, en el balcón. Hacía mucho calor, dijo él, para las plantas afuera y para mí adentro. Esa frase a Lola le gustó y le dio un abrazo. Aprovechando la proximidad Lola lo besó en la boca, primero lenta y luego intensamente, y le pidió que la perdonara. Él sonrió un poco triste. Después se tomaron una cerveza y ella le contó lo mucho que había cambiado todo, como si se lo estuviera contando a un amigo. Después le dijo, mirándolo a los ojos, que iba a solicitar la revisión de su pensión alimenticia, para que él le pagara solo la mitad que ahora, y solo mientras ella terminaba de levantar su negocio, que ya pronto le empezaría a ir bien y ya no necesitaría su ayuda. Porque quería que él también disfrutara de lo que había ganado para los dos. Y levantándose le dio otro abrazo muy intenso y le dijo, que, además, quizás un día, cuando hubiera pasado algún tiempo, quién sabe, nos conocemos tan bien... pero ahora me tengo que ir. ¡Que tengo un montón de cosas que hacer! Le dio un beso rápido y salió corriendo. ¡Te quiero! ¡Y gracias por la cerveza!, dijo desde la puerta, y bajó por las escaleras para no tener que mirar atrás.

Ya era de noche cuando entró en su pisito monísimo y coqueto. Tiró el bolso sobre el sofá y marcó en el teléfono fijo un número que se sabía de memoria. El de Susi, su maestra de peluquería en la academia, que a pesar de la diferencia de edad y las ambiciones místicas de Lola, había sido su mejor amiga durante muchos años. Su única amiga. Al principio Susi estaba dolida, ¡Hacía más de un año que no me llamabas!, le dijo su maestra al borde de las lágrimas. ¡Después de tantos años y de todo lo que hemos hecho juntas! Lola tranquilizó a Susi y le propuso una idea genial: Asociarse las dos. Convertir su localito de piedras calentadas al microondas de la zona chic de Providence en un salón de belleza pequeño pero coqueto. Esa sería su aportación, el local, y la Academia Susi aportaría a sus alumnas en prácticas. Con lo que ganaran con la nueva peluquería en un año, arreglarían la vieja academia del barrio. ¡Cambio de imagen! En un par de años podrían vender la franquicia en una feria. Que de eso ahora yo sé un montón. ¡Imagínate! ¡Una cadena de peluquerías! Le pondríamos *Susi Haute Coiffure*, en homenaje a ti que eres mi maestra. Y ahora te dejo, Susi, guapa, que tengo un montón de cosas que hacer. ¡Mañana seguimos hablando!

En cuanto colgó, Lola abrió todas las ventanas de su casa, encendió todas las luces y en la radio de la cocina buscó la vieja emisora musical que escuchaba en la peluquería y, cuando la encontró, la puso a todo volumen. Del armario de la limpieza tomó un rollo de bolsas de basura negras, abrió una, y mirando a su alrededor, empezó desde la misma cocina: Las tazas con ángeles, los cuencos chinos, los vasos para tomar té verde y el té verde, el pan integral, la harina integral, el azúcar integral, el arroz integral, el tofu, el miso, el sirope de arce, la leche de soja, la salsa de soja, el seitán, la sal del Himalaya, el cous-cous, la quínoa, las algas secas, el umeboshi, el gengibre macerado, los palillos chinos, el wasabi, las especias turcas, así como los innumerables libros de recetas macrobióticas, vegetarianas y veganas, y salió al pasillo. Allí siguió llenando las bolsas con los amuletos gallegos de miga de pan, el ojo turco, los ojos de Buda y el pergamino japonés junto a la puerta de entrada y entró en su dormitorio. De allí fueron cayendo las láminas eróticas hindúes, la colcha de batik con el yin y el yang, los cojines con espejitos, el poster de Ganesha, la lámpara de sal, mandalas, palitos para quemar incienso, banderitas tibetanas de oración. Abrió el armario. Faldas africanas, blusas pakistaníes, pantalones tunecinos, pareos balineses, chales peruanos y los pañuelos hindúes, bolsos marroquíes, los collares de semillas, los pendientes de plumas, el trisquel celta, los anillos con ojos, los colgantes con caras de dioses, los llamadores de ángeles y las tintineantes pulseras, y entró en el baño silbando al ritmo de la música: Pachulis, ungüentos para masajes, las cremas de baba de caracol, geles relajantes, el barro del Mar Muerto, la henna, el kohl, la lota nasal, los jabones artesanales, el champú de vinagre, la rosa mosqueta, el argán, el aloe vera, las velas, las bolitas aromáticas, cuarzos, geodas y conchas del Cabo de Gata. Se dirigió a la sala siguiendo el ritmo de la música de la radio que atronaba. El calendario maya, el calendario azteca, el calendario lunar, los escarabajos egipcios, todos los manuales para la vida espiritual, la pila de cuadernos con sus diarios de autoconsciencia manuscritos, su carta astral, los apuntes de todas las disciplinas naturópatas que había estudiado, los oráculos de todas clases, las monedas del I Ching, las guías de viajes exóticos, el poster con la Anunciación de Fra Angélico, la esterilla para el yoga, los yantras, los cojines y los discos de música para meditar, la figurita de la bailarina balinesa, la estupa de piedra volcánica, la Shiva de bronce envejecido, elefantes con la trompa para arriba, buhos, equecos, pirámides de diversos materiales, matrioskas, la brujita de barro, el cuenco tibetano, los quemadores de aceites esenciales, los puñs de cuero, las lámparas tunecinas y hasta las alfombras artesanales de lana de oveja y las bandejas de latón de Marruecos, y lo fue amontonando todo junto a la puerta de la calle, bolsa tras bolsa, sus máscaras, sus velos, su *maya*, hasta hacer una pirámide que casi impedía el paso, para quedarse sólo con lo que no tuviera un significado, que resultaron ser: la cama, dos juegos de sábanas viejas, el sofá, tres libros en las estanterías, la mesa de comedor, la radio — que seguía repartiendo estruendosa alegría—, un par de sartenes y ollas, dos vasos, unos platos y unos cubiertos para comer, y en la nevera apenas tres tomates, dos latas de atún y una cerveza. En el baño, el papel higiénico, el cepillo y la pasta de dientes, hilo dental, una crema hidratante y los palillos para las orejas. Las paredes quedaron desnudas, las ventanas sin cortinas y de los techos de las habitaciones los casquillos y las bombillas colgando de los cables.

Lola cogió las llaves y empezó a bajar las bolsas a la calle. Tuvo que hacer cinco viajes en el ascensor lleno hasta el techo y, cuando por fin terminó, se quedó un instante en la acera, con las manos en jarras, mirando satisfecha su montaña de

bolsas negras junto a los tristes y anodinos cubos de basura de la comunidad, cuando escuchó detrás de ella que una voz conocida la saludaba con gracia.

—¿Qué? ¿De mudanza estas horas, vecina?.

Era el verdulero de los ojos bonitos, como le llamaba ella. Un tipo cincuentón, de mandíbula cuadrada, guapete, fuerte y simpático que, desde que Lola se había mudado al centro e iba a comprar al mercado municipal, la saludaba efusivamente y le tiraba los tejos suavemente, mientras le echaba miraditas desde su puesto. Si ella le compraba siempre le ponía un limón de más o le dejaba escoger los tomates, diciéndole “reina” o “princesa”, a cambio de una sonrisa de ella y un poco de conversación banal que no le costaba darle, porque, la verdad, a Lola le caía bien el verdulero. Qué coño, seamos sinceros. A Lola le gustaba el verdulero. Por eso seguía comprándole a él, a pesar de los piropos, que viniendo de otro no le hubieran gustado.

—¡Hola!—, dijo Lola, sorprendida, —¿Qué haces por aquí?—, preguntó, apartándose un mechón de la cara. —¿Cómo que qué hago por aquí? ¡Si vivo en ese portal de enfrente desde que era un crío!—. —¿En serio?—, preguntó Lola. —Completamente en serio—, dijo él, riéndose y añadió: —Llevo meses viéndote por el barrio, y saludándote, pero tú ni caso, por eso cuando venías al puesto del mercado yo te bromeaba, para ver si era verdad que no me veías cuando te saludaba por la calle—. —¡Vaya, lo siento! ¡No me había dado ni cuenta!—, dijo Lola. Los dos se rieron. —Me llamo Manuel—, dijo él. —Hola, Manuel, yo Lola, y no, no me estoy mudando, estoy, digamos que, redecorando mi vida—, y Lola hizo un molinete en el aire con la mano que a Manuel le encantó. —¡Qué curioso!—, dijo Manuel, sonriéndole, —Yo estoy haciendo exactamente lo mismo con la mía—.